



POLÍTICA GLOBAL

APUNTES EN TORNO AL DESARROLLO DE LA SOCIALDEMOCRACIA LA RUPTURA DE LA II INTERNACIONAL

Por Osvaldo Puccio

El debate en el movimiento socialista en Europa en el cambio del siglo XIX al XX que tendría un momento tan álgido como definitorio en torno al modo de responder a la inminencia y posición a adoptar frente a la guerra, se dio junto con una expansión y profundización sustantiva del capitalismo el que, al menos en los países centrales, mostraba una tendencia contraria a la de la pauperización prevista por los clásicos.

Ese periodo que habría de marcar el desarrollo ulterior de las sociedades europeas, y no solo ellas, fue marcado de modo esencial por la división del movimiento socialista, división que marcaría el tiempo siguiente –principalmente en Europa– y que tendría como consecuencia la formación y configuración de dos tipos de sociedad divergentes cuando no encontradas.

Tanto el periodo anterior a la guerra y la necesidad de dar respuesta a su amenaza inminente cuanto los resultados de su conclusión catastrófica que significó el fin de tres de los cuatro imperios contendientes, Alemania, Austro-Hungría y Rusia, solo sobrevivió el imperio británico, trajo consigo un cambio radical a la estructura social, política y económica como de relaciones entre las naciones.

De ese proceso surgieron países, se dio curso a procesos revolucionarios y a partir de la derrota del zarismo en Rusia, guerra civil mediante, se fue consolidando la revolución bolchevique que implementó un camino propio hacia una sociedad socialista. También la amenaza del fascismo y su acceso al poder en una parte significativa del continente dieron sello a la primera mitad del siglo XX.

La guerra significó 30 millones de muertos, a los que se sumaron 40 (las cifras no son precisas y este es un cálculo del promedio de las distintas estimaciones) resultado de la epidemia que llevaron consigo los soldados de los EEUU que participaron en el conflicto y a la que se llamó "española" simplemente porque, al no estar ese país involucrado en ese conflicto, su prensa informaba abiertamente sobre tamaña peste o pandemia como diríamos en estos tiempos.

EL AUTOR



**OSVALDO
PUCCIO**

➤ Phd En Filosofía
Universidad De Humboldt
de Berlín

La guerra, la expansión del capitalismo, su crisis, el fortalecimiento de las opciones que luchaban por el manejo de esta y el control de aquel fueron el contexto del debate teórico y práctico entre dos visiones y opciones del socialismo que surgían de una matriz y una tradición cultural e ideológica común, dicho de otra manera, fueron parte de la situación social, económica y desde luego subjetiva que se creó en esos años en el viejo continente.

Las visiones socialistas que habían tomado cuerpo y presencia de modos diferentes en cada uno de los países centrales, y también en los periféricos como los nórdicos, habrían de ser un factor muy relevante en la discusión y conflictos en el seno del movimiento obrero o de las fuerzas sociales que se entendían llamadas a transformar, superar o al menos controlar las condiciones del modo de producción surgido en el marco del proceso de industrialización y urbanización en el continente.

La guerra y sus consecuencias –que subsumió un fenómeno tan devastador como la peste que no aparece como un factor en el debate de los líderes del movimiento socialista entonces – fue la discusión, nunca más literal, existencial de las organizaciones que representaban –o pretendían hacerlo– a los sectores más desfavorecidos de las naciones que se preparaban para el conflicto, principalmente la clase obrera, que no solo serían y lo fueron los más afectados con la conflagración.

Fue una discusión que implicaba no solo la participación o no en la guerra – Rosa Luxemburg und Jean Jaures fueron centrales en el debate y defensores a ultranza de la no participación en el conflicto lo que motivó el asesinato de ambos–, sino la relación que habría de tener el movimiento socialista con el concepto o mejor dicho la “idea abstracta” de “Nación” encarnada en la realmente existente. Este era un debate que se venía abriendo ya un par de lustros acerca del modo de relacionarse los partidos obreros con el Estado, la responsabilidad que les cabía frente a “la nación” y cuánto valor y prestancia tenía el internacionalismo: “proletarios del mundo uníos” era la consigna propuesta para encabezar el movimiento socialista ya en 1843, algunos años antes que Marx y Engels la consagrarán en el manifiesto comunista.

Hubo un tercer y esencial tema de mucho más largo alcance y que no solo es un tema recurrente y permanente en las fuerzas transformadoras de la sociedad moderna, el del modo y manera de relacionarse con el modo de producción capitalista. Es un punto permanentemente abierto en la manera de aproximarse a la realidad material de la sociedad y el modo en que actúan frente a él las fuerzas transformadoras.

Se trata de un asunto de un profundo calado teórico y también doctrinario que supera con mucho el marco de un trabajo como este, pero que consideramos ineludible mencionar dada sus definitivas implicancias en la acción social y política sobre todo en nuestros días, donde es posible observar cambios epocales para los cuales nuestra conceptualidad tradicional aparece parcial, estrecha cuando no incierta, incluso equivocada.

A partir de la esencial impronta teleológica de la filosofía clásica alemana, tanto Kant y su “imperativo categórico” que ganó influencia en algunos pensadores socialistas del período al que nos referimos, como y principalmente Hegel

que fue la base nutricia del pensamiento de Karl Marx, cuyos textos y legado se había convertido en incontrarrestablemente hegemónicos se naturalizó una “taxonomía” del desarrollo histórico de lo “más simple a lo más complejo” (Marx dixit) donde se clasifican periodos que han de sucederse regular y necesariamente. Todo ello, luego que Marx “invirtiera a Hegel y lo parara sobre sus pies”. Cada uno de estos períodos, que en una ineludible regularidad histórica habrían de sucederse con la fuerza e inevitabilidad de un fenómeno natural, eran sustentados y explicados a partir de la definición de ciertas características esenciales del modo de producción relacionadas en lo principal con el régimen de propiedad de los medios de producción.

La dominancia casi canónica del pensamiento de Marx se consolidó en los debates tras la derrota de la Comuna de París y el movimiento que se produjo en el continente influido por esa derrota, donde las posiciones no marxistas de la I internacional (Bakunin, Blanche; etc) fueron política, pero también ideológica y subjetivamente derrotadas marcaron aquella lógica de comprensión de la historia por el tiempo sucesivo.

En este punto entonces el debate en el seno del movimiento socialista al tiempo de la ruptura, no obstante su trascendencia, se manifestó más en la praxis que en un cuestionamiento teórico a las bases filosóficas surgidas a finales del siglo XVIII y principios del XIX.

Hoy no pareciera haber duda que con relación a los determinantes esenciales de un sistema social es necesaria y cabe una mirada distinta. Los mismos conceptos que definen uno u otro sistema u orden social es necesario cuestionarlos. La práctica –como siempre es– ha ido más allá que la doctrina o la ideología y ha roto en modelos tan disímiles como incluso contrapuestos como el socialismo nórdico o la China de Deng Xiaoping a pesar de la común utopía de origen con la visión de la historia en cánones estancos y preestablecidos que se darían casi automáticamente por una dinámica ineludible en el desarrollo humano. El epítome de esta visión mecanicista la conocimos en los manuales soviéticos de materialismo histórico y alcanzaron un despliegue casi obscuro en algún recetario graficado por una chilena de nutrida lectura.



Fue Eduard Bernstein, un discípulo dilecto de Marx que a la muerte de Federico Engels fungió como una suerte de “albacea ideológico” de éste, el primero que con su visión “revisionista” puso en discusión el principio ideológico que el socialismo se trataba de una nueva etapa separada y cualitativamente distinta al capitalismo y contrapuso la idea que este es simplemente un desarrollo sin solución de continuidad con el sistema a transformar y que el camino a ello, que es lo esencial más allá del final teórico y utópico, está menos en el régimen y los sujetos de la propiedad y más en la ampliación de las formas democráticas de convivencia y la distribución de los resultados de la producción. En el marco del debate de los años veinte, treinta del siglo pasado que tuvo una gran y apasionada radicalidad el concepto “revisionista” que se entendía a sí mismo como una adecuación de Marx y el marxismo a las condiciones del desarrollo capitalista, especialmente en los países más avanzados de Europa, devino en una palabra insultante, suerte por lo demás que correría también la denominación “socialdemócrata” en el área de influencia leninista.

Seguir la suerte de la visión “revisora” o “innovadora” de Bernstein es un camino adecuado para comprender el curso de la discusión en el movimiento socialista hasta nuestros días, y de ahí la importancia para entender en parte no menor las coordenadas actuales de las correlaciones de fuerza que configuran la situación mundial contemporánea. Lo primero que es una obviedad con sabor a ironía es la necesidad de liberarse de prejuicios muy arraigados y sacar a Bernstein y con él a algunos otros pensadores del “index” y leerlo contrastado con las realidades de victoria y derrotas, logros y retrocesos obtenidos en el último siglo. La práctica es el único criterio de la verdad nos señalaba el propio Marx.

El resultado y el sentido de la discusión es a las finales la definición del movimiento transformador si opta por el camino revolucionario que implica ruptura violenta o la vía reformista que se concreta sin quiebre disruptivo por medio de la democracia en un proceso ininterrumpido y cíclico de ampliación de derechos, posibilidades y libertades. En una carta firmada como Junius desde la clandestinidad luego de más de un año de prisión Rosa Luxemburg afirmó en este contexto que “la libertad es siempre la libertad del que piensa distinto”. Y ciertamente este aserto resume la inseparable unidad entre cambio social y democracia.

La Democracia es la forma y el camino al socialismo diría Bernstein, que además afirmaba que era ese camino y no “el fin” como expresión ideal lo que efectivamente importaba en la acción política.

En este debate en el periodo que nos ocupa principalmente y, so pena de los errores que conlleva cualquier generalización, se pueden describir a lo menos tres aproximaciones, la que se asienta en Europa Oriental donde los principales representantes son Lenin y Trotzky; aquellos que vienen de Europa Occidental donde nos encontramos con pensadores que van desde el ya mencionado Bernstein, pasando por Karl Kautsky de enorme y casi preceptiva influencia en su momento como pensador marxista que devino en el más duro crítico de Lenin y este en su más despiadado detractor; hasta los espartaquistas Luxemburg y Liebknecht –hijo, el padre contemporáneo de Marx fue fundador del Partido Socialdemócrata alemán–, los franceses encabezados por Jaurés y los italianos con Gramsci y el tan interesante como controvertido Ignacio Silone, quien a raíz del juicio a Sinovjew y Kamenew desarrolló el concepto de “fascismo rojo” para referirse a la represión stalinista. Hay una tercera que fue muy central en su momento y que dada la desaparición del imperio en que encontraba su sustento diluyó su protagonismo en el debate, los automarxistas, cuyo representante teórico de mayor profundidad, sobre todo en la vinculación esencial del socialismo con la democracia fue Otto Bauer, pero también Max Adler y Karl Renner.

Al día de hoy lo esencial de la discusión de estas visiones tiene que ver con la definición entre revolución y reforma y entre democracia y dictadura.

Al triunfar los bolcheviques tras el golpe de mano que dieron en octubre del 1917 a la Asamblea Constituyente clausurándola y excluyendo a todos los miembros de ella que no eran de esa organización, incluidas las otras fuerzas socialistas, y la toma en los hechos del poder en Rusia, abre en Europa Occidental y Central una definitiva discusión acerca de las formas de la acción política y la relación con las otras clases.

En este punto se “trabó una litis” esencial entre democracia y dictadura como el modo de desarrollar la sociedad socialista. Aunque en la tradición marxista esté el concepto “dictadura”, tenía una significación teórica importante y





("Siete manos en una reminiscencia", Matías Valenzuela)

controvertida en su interpretación ya desde la afirmación de Marx en la carta a su amigo Joseph Weidemeyer en marzo de 1852 en la que afirma que "la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado" la generación que le sucedió no pareció tener dudas acerca de la afirmación de la democracia como el espacio a situar los esfuerzos por una nueva sociedad. En ese sentido Bernstein, Adler, Bauer, incluso Luxemburg y Mehring, lo interpretan como una forma de referirse al dominio de clases, aún en democracia. A la hora de la "hermeneútica" de Marx no es irrelevante tener en cuenta que el grueso de sus textos políticos y tácticos fueron escritos con anterioridad a que comenzarán a establecerse mecanismos de "votación universal" considerando tal el voto masculino de alfabetos en Alemania como primer país en tenerlo en 1871.

En su texto "Democracia o Dictadura" que se publica en Berlín en 1918, Kautsky (al que Lenin ya señalaba como renegado) escribe: "Hasta ahora en las filas de la socialdemocracia se ha considerado de toda evidencia que el socialismo sólo puede surgir de la democracia, en un sistema de producción capitalista desarrollado. Los bolcheviques en su situación de emergencia colocan en lugar de esa convicción una muy distinta. Ellos procuran una dictadura, en vez de la democracia."

Rusia en ese contexto era considerado una suerte de anomalía y su revolución dictatorial un fenómeno particular producto de su nivel de atraso, mezclado con una desproporcionada influencia del campesinado (en Europa era entendido como sujeto de la revolución burguesa). Esta condición fue singularmente subrayada y descrita por Otto Bauer y desde luego por los socialistas alemanes y también el laborismo inglés. Kautsky agrega en alguno de sus textos el hecho de ser dirigido por una organización que se había formado y desarrollado en la clandestinidad y con maneras conspirativas no le habían permitido desarrollar una cultura democrática en las instituciones.

Los intentos de transformación socialista en Europa Occidental adquieren mientras esta discusión está en curso formas muy distintas de expresión, ya sea con gobiernos

socialistas en la República de Weimar, Consejos Obreros en Hungría o Bavaria, división del movimiento obrero en casi todos los países con confrontaciones irreconciliables entre comunistas y socialistas en medio de la profundización de la crisis del capitalismo, ambos fenómenos sustentan las condiciones que devienen fértiles para el surgimiento del fascismo que habría de asumir la conducción de la conflagración que daría por cerrada la paz precaria o, como afirman algunos autores, el armisticio surgido de la Gran Guerra. En Rusia el régimen surgido en el San Petersburgo de octubre se consolida por su parte como modelo alternativo y en competencia de las otras propuestas de aquellos con que compartieron el mismo espacio doctrinario y social.

Esa ruptura que comenzó hace ya un siglo largo se hace presente hasta hoy. Se trata de la definición acerca del carácter de la sociedad a transformar, la gradualidad o no y el rechazo o relativización de la violencia, en definitiva, el carácter esencial o instrumental de la democracia como el "parteaguas" que marca el lugar desde dónde, para qué y con quiénes se hace política transformadora. ■